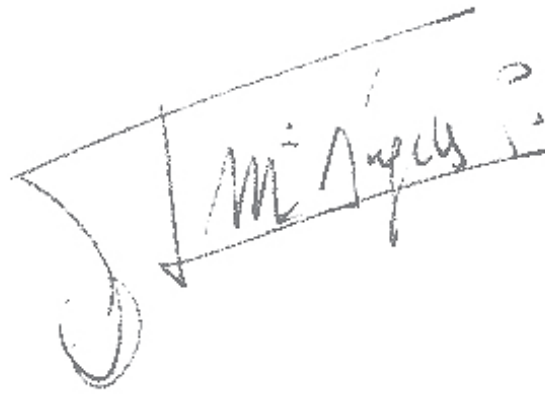


# ANTOLOGÍA POÉTICA PERSONAL

A handwritten signature in black ink, enclosed within a hand-drawn rectangular border. The signature appears to read "Julián Ángel".

Lectura y Signo, 13 (2018)



## LA POESÍA DE MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ: UNA ESCRITURA DE LAS COSAS Y LOS CUERPOS

Nacida en Valladolid en 1967, la trayectoria poética de María Ángeles Pérez López puede considerarse bibliográficamente comenzada al estamparse en 1997 su *Tratado sobre la geografía del desastre*, obra a la que sucedió en 1998 *La sola materia*. En el cruce finisecular daría a conocer *Carnalidad del frío*, libro aparecido en el año 2000. A partir de entonces, sus conjuntos de poesía van a irse publicando con más separación cronológica. *La ausente* se editó en 2004, *Atavío y puñal* lo haría ocho años después, en 2012, y asimismo de la segunda década del nuevo siglo, en concreto de 2016, data *Fiebre y compasión de los metales*.

En la poesía española de los noventa del pasado siglo, así como en los lustros de comienzo del presente, empezaron a surgir muchas poetas, y se prodigaron, en su virtud, las propuestas estéticas diferenciadas, algunas bien originales. En ese mapa tan abundante como diversificado, resultaba muy complejo ir apuntando determinados rasgos que se fuesen distinguiendo como voz progresivamente propia y distinta merced a los asuntos preferentes, a las perspectivas elegidas, y a la palabra rítmica y poética plasmada.

Pérez López encontró desde muy temprano los principales pretextos, cauces y estrategias literarias en las que se inscriben las claves más sustanciosas de su lírica. Según mi apreciación, los asuntos que más la caracterizan serían el de las cosas cotidianas vistas a un trasluz inesperado, y asimismo los emergentes relativos a las que pudiéramos tener por más hodiernas inquietudes humanas, especialmente en la mujer, y en las sociedades occidentales.

Ha podido afirmarse, a mi ver convincentemente, que en la escritura poética española femenina ha prevalecido el factor de la cotidianidad. En esta línea la poesía de María Ángeles Pérez López no ha supuesto una excepción, pero sí ha sido singular que su poética de las cosas, de las más cotidianas, sencillas y domésticas, así la cuchara, el hilo, el vestido, el armario, y aun aquellas de carácter tecnológico, las lavadoras,

por ejemplo, las tamice un prisma en el que se proyecta, como se aprecia sobre todo leyendo *La sola materia*, su vertiente misteriosa.

También su inocencia es suscitada, incluso cuando sirvieron las cosas como instrumentos dañinos a personas y otros animales, así las que son filosas, cortantes, ganchudas, en los versos de *Fiebre y compasión de los metales*. Como síntesis de tales aserciones, pudiera decirse que uno de los vectores de la escritura de Pérez López cabe entenderlo como una poética de la mujer en medio de las cosas y sumergiéndose en el interior de ellas.

Entre los distintos asuntos abordados por la poeta vallisoletana y que más condicen con inquietudes muy propias de la cultura de nuestro tiempo, subrayaría como uno de los más sostenidos, y por ende representativos, el de la escritura del cuerpo, del cuerpo de la mujer, como si esa escritura brotase a veces de ese mismo cuerpo. Merced a esa vertiente lo corpóreo se siente vibrar, se atestiguan su pálpito y su piel, se sufre, es violentado, se criminaliza, se goza eróticamente, se ensalza, se ritualiza, se reivindica y, a través de la palabra poética, el cuerpo se dice como vida y se dice en el verso. Incluso llega por momentos a plantearse una ontología corporal y un saber atesorado por el cuerpo de la mujer a lo largo de la historia. Este saber de algún modo perviviría latente, acaso de una manera intra-histórica en cada una y en su contexto, al margen del grado de conciencia de ese legado genérico interno que pueda percibirse y manifestarse en personas determinadas.

Es este un asunto que aflora en *Tratado de la geografía del desastre*, no sin asociarse en ocasiones a simbolismos, así primordialmente el de la piedra. Se recupera en versos de *Carnalidad del frío* a través de opciones variadas e incluso contrapuestas: desde un sometido padecer que puede llegar a las agresiones físicas violentas hasta un erotismo decididamente lúcido orientado al disfrute placentero, el cual se sugiere en algún momento de manera bien subida, y en algún poema por vía metafórica.

El cuerpo sigue potenciándose en *La ausente*, ahora abriéndose al prisma de la pertenencia humana a la naturaleza animal. Este ángulo de enfoque, que responde a un principio ético de igualdad entre seres sintientes, empareja en este conjunto inusitadas plasmaciones poéticas de índole vegana y poscárnica que son contrarias a planteamientos especistas de explotación de los animales no humanos como recursos al servicio del hombre.

En el conjunto *Atavío y puñal* se ahonda en la compenetración de la mujer con las cosas entre las que alienta, condoliéndose de ellas por antonomasia de manera intensa en cualesquiera tiempos y lugares. Se alcanza en este punto la máxima universalidad posible, superadora de etnicismos, en las calas líricas de la poeta vallisoletana en las

que concibe a la mujer como cartografía humana en torno a la cual pivota la cálida temperatura interna del mundo, así en el poema que comienza «La mujer es un pájaro [...]» donde se asienta que «la mujer mueve el mundo y lo transtorna, / lo arrasa y conmociona contra sí [...]».

La prevalencia de la corporeidad de género en la poesía de Pérez López se hace explícita en virtud del extraordinario protagonismo que los sujetos femeninos van adquiriendo a lo largo de sus libros, en especial a medida que progresa su trayectoria literaria desde *La sola materia*. En el recién referido libro *Atavío y puñal*, y a través de perfiles diferenciados de mujeres, se indaga poéticamente en la condición de la mujer en contextos societarios y temporales distintos, atisbándose una posible condición humana de espectro muy generalizable y vislumbrada desde microcosmos individuales y anecdóticos de arraigo y pertenencia.

Tocante a su palabra lírica, la ha decantado hacia una limpidez verbal y constructiva muy seductora capaz de subyugar a lectores de poesía exigentes en los vuelos de su dicción. La desenvuelve en el seno de configuraciones poemáticas que fluyen sin pautas prefijadas, y la encauza en una rítmica varia en la que el verso corto se emplea con trazo fino y preciso, y en la que los endecasílabos, ritmo clave y sostenido en su lírica, se plasman con una admirable solvencia de pátina clásica que se sitúa al margen de estrategias deconstructivas rupturistas.

*José María Balcells Doménech*



MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ  
ANTOLOGÍA POÉTICA PERSONAL

**Conozco mi culpa** (*Tratado sobre la geografía del desastre*, 1997)

Aprendizaje lento e insobornable.  
No hay quien dé más por menos,  
ni manera  
de asumir esta flor que hiere el agua.

**Soy una niña y pinto de colores** (*Carnalidad del frío*, 2000)

Soy una niña y pinto de colores  
el tronco sepulcral de los dibujos,  
un árbol como un diente contra el cielo,  
la forma imaginada del ahorcado.  
Quiero ser una niña y volver hasta el vientre  
del agua y su silencio del inicio,  
el flujo de la sangre que me lleva  
y hace infancia este tiempo insoportable,  
pero estoy viendo el mar como la suma  
de capas de aluminio y de desecho,  
el peso en la cabeza de metal,  
la entraña solitaria e inquisitiva  
atenta a ese rumor que no se siente.  
Vigilo la semántica del agua,  
el modo en que la arena se hace verbo  
y nombra nuestras huellas en la espuma,  
no acaricia palabras para el aire  
pero sí los tobillos y zapatos.  
La voz que anda escondida en su guarida,  
su cajita de miedo musical,  
aguarda que restalle el alarido  
de estar viviendo el pánico de ser  
si el miedo es una forma de la boca,  
una expresión del cáliz de amargura.  
Las olas entre tanto se divierten,  
su canto es insonoro y necesario  
para aguardar el tiempo del exceso.

**Por las mañanas marchó a cazar el bisonte (*Carnalidad del frío*, 2000)**

Por las mañanas marchó a cazar el bisonte,  
me cubro con la piel primera de mi mundo,  
las flechas son del hombre que acompaña  
su sueño y lo acompaña con el mío,  
él marcha por su lado y su vereda  
para escribir su parte de la historia.  
En la mía estoy sola como siempre,  
oliendo el miedo atroz y ese reguero  
de huellas que conducen al combate.  
Esas otras mujeres no cazaban  
-las que miran desde antes y sonrían-,  
alentaban el fuego y su videncia  
ocultas en la sombra de su vientre,  
maternas y cubiertas de maíz.  
Pero ahora los tiempos son distintos,  
la tribu no conoce la memoria,  
he aprendido las marcas del venablo  
y entonces hago mío el sufrimiento  
de atrapar, de arrojar al animal  
hasta su muerte escrita desde siempre  
y llevarlo arrastrando, desollada,  
también yo desteñida de su sangre.  
Cuando vuelvo a la tarde me siento a llorar  
porque advertí que el miedo es infinito,  
y traigo roturadas sobre el rostro  
las mías, las heridas de la lucha.  
Soy responsable entonces de un pedazo  
inmenso del dolor de la contienda,  
de que cumplan su plazo algunas leyes  
como la universal ferocidad,  
de un trozo de la carne y de la lágrima  
con que el bisonte sirve mi sustento.



## El pájaro que viaja bajo el cielo (*La ausente*, 2004)

El pájaro que viaja bajo el cielo  
y viene a golpearse contra el coche  
como quien cae rendido y se levanta,  
arrastra sus cartílagos, su sombra,  
su corazón caliente y separado  
en cuatro habitaciones para el aire.  
En ellas se resguardan los alisios  
y el frío desconsuelo del invierno  
cuando la sangre mueve lentamente  
su río enrojecido, su caudal,  
su modo de morir y levantarse  
para picotear migas de sol.  
El pájaro que viene contra el coche  
es uno e indiviso, inconfundible,  
y si distingue el eco de la especie  
y atina a acompasar su corazón,  
en el golpe está solo y yo con él,  
seguidos por los dogos de la sombra.  
Por eso, y aunque apura con violencia  
la gota venenosa de la prisa,  
su cuerpo diminuto y trashumante  
no puede separarse de su sombra,  
esa zona de umbría y de frontera  
con que el sol nos recuerda el parentesco  
insoportable, estrecho de la muerte.  
La sombra lo acompaña, me acompaña,  
le otorga la tiniebla, desazón  
con que encender el día y sus volutas,  
la masa medular y oscurecida  
en que el tiempo nos brinda sus oficios  
y escribe la desdicha a contraluz.

## El mamut que conoce su extinción (*La ausente*, 2004)

El mamut que conoce su extinción  
se rasca y se despeina sin cuidado,  
se lame los rasguños y sonrío  
por si el día está lleno de alboroto,  
e igual sale a buscar cada mañana  
el musgo, el junco tierno y sensitivo  
con que vencer al hambre o al glaciár.  
Después duerme despacio sobre el suelo  
y sueña con los hombres que dibujan  
su lomo atravesado en una cueva.  
Entonces siente miedo, se cobija  
en un pliegue dorado por la tarde  
y olvida cualquier sombra de dolor  
al llegar la mañana, el apetito.  
A ratos, omitido de la especie,  
como uno más de entre los animales,  
aguarda y se trastorna, se incomoda,  
sonríe con cariño, tiene crías  
y canta contra el miedo en las tormentas.  
También yo me levanto, me persigno  
y me abrocho la luz contra la boca  
para salir al mundo y entenderlo  
si mueren las violetas por el frío  
y alguien queda tendido en la memoria  
del llanto, su columna vertebral.  
También yo me acomodo bajo el sol  
y sueño con los hombres que dibujan  
las lanzas para el lomo del mamut,  
la herida de su sangre transparente  
manchando las paredes de la cueva  
como si yo sangrase junto a él  
y al hombre muerto en la comisaría  
sobre una piedra roja y encerada.  
Pero después el día trae el deseo  
y vienen la alegría y el antojo,  
las hojas diminutas de coraje  
y su apetencia herbívora y feliz  
para rumiar el tiempo y digerirlo.

## El vértigo, la elipsis del poema (*La ausente*, 2004)

El vértigo, la elipsis del poema,  
su modo de caer desde el oído  
al territorio oscuro de los nombres  
es una ausencia roja y calcinada,  
la falta en la que el cuerpo se desquicia  
y siente la espontánea desazón  
del quiste atravesado como un palo,  
ganglioma en el que cede la salud  
y trae su perturbada partitura  
de antílopes y peces diminutos.  
También de las noticias cotidianas:  
una mujer que corre en los pasillos  
y deja su alarido y su centeno  
pegado a diez centímetros de corte  
(el hacha siempre guarda su inocencia  
primera y reluciente en su furor),  
las dos niñas siamesas con un solo  
inmenso corazón por compartir  
que niegan el principio solitario  
de que hay un corazón en cada cuerpo  
y sin embargo así no sobreviven,  
estampas convencidas de los dioses  
y una alegría seca y esquinada  
porque hoy también el sol prendió su antorcha.  
El vértigo, la elipsis del poema  
arranca una luz rota de sí mismo  
y comparece absurdo, imprescindible  
cuando el beso se vuelve insuficiente  
y viene el corazón con su tormenta  
a traer las animalias de la noche  
que arrancan y devoran los olivos,  
la grana en que reside nuestro fuego,  
aquella como torre de timón.

**La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos (Atavío y puñal, 2012)**

La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos.

De los talones nace el odio del asfalto,

su ennegrecida capa de petróleo

embetunando pájaros y niños,

forma de aminoácido esencial

que desgasta las alas, la llovizna,

las caracolas blancas peleando

contra el rencor viscoso de la brea.

Con una brocha grande, la mujer

pinta el verdor oscuro de las aguas

en las que se deslizan los arenques

y sus anillos de aire livianísimo,

también los hipocampos, las ballenas,

los moluscos marinos que retozan

en praderas de posidonias vivas

y se aparean en nombre del amor.

Igualmente la hierba de los prados,

el musgo cariñoso y los helechos

comienzan en los dedos desiguales

de los pies y remontan las rodillas

como salmones tibios desovando

a la altura feliz de las caderas.

Para el negro sudario del benceno

que atrapa las gaviotas y las lanza

contra la arena triste, enrarecida

del tiempo y el esfuerzo alquitranados,

la mujer se encarama en sus dos pies

y suelta el corazón como una tórtola.

## La mujer espera la llegada de los ciervos (*Atavío y puñal*, 2012)

La mujer espera la llegada de los ciervos.  
Se sienta en la cuneta y se descalza.  
Con la uña más pequeña de su pie  
rasca la tierra blanda y enmohecida  
hasta arrancar un árbol de raíz.  
Con un dedo invisible en su estatura,  
remoto soberano primordial  
empuja los nogales, los gomeros,  
las hayas y los robles, los manzanos.  
Después, bajo la lluvia, se arrepiente  
mientras le late el pánico en la ropa.  
El dedo mutilado es como el odio  
del árbol mutilado, en la mujer  
que se pinta en los labios treinta y dos  
piezas dentales blancas, esmaltadas  
con las que no morderse los pezones  
ni llorar por los árboles caídos  
y que suben despacio, en sus alveolos,  
como subió cada árbol a su copa.  
Del tronco descuajado, vuelto torre  
gemela de otras torres neoyorquinas  
caen los pájaros muertos, las personas  
como estorninos muertos, el ramaje  
como chicharra muerta, los tablones  
como féretros muertos para Irak.  
La mujer entretanto se avergüenza,  
guarda el dedo y su uña, sus dolores,  
el esponjoso hueco de la encía  
en que ató cada diente su raíz  
y levantó una torre mineral.  
A su lado, los árboles reposan  
su tiempo de madera, griterío  
de perros y de niños clausurados,  
los brazos y las piernas como ramas  
taladas con dolor contra la tierra.  
Los animales huyen espantados.  
Los ciervos se disculpan y no vienen.

**Como los elefantes, la mujer** (*Atavío y puñal*, 2012)

Como los elefantes, la mujer  
se inquieta ante los huesos de su especie,  
mueve nerviosamente la cabeza,  
se extravía y tropieza en su dolor.  
Los esqueletos largos, mascarones  
que arrojaron el mar y el pleistoceno  
para dormir, lavados por el agua  
hasta volverse láminas de luz,  
son una herida abierta y silenciosa  
que los grandes mamíferos levantan  
con tal delicadeza, con colmillos  
en su arabesco y su melancolía.  
Porque los elefantes, la mujer,  
elevan la osamenta de los suyos  
y los acunan con sus grandes dientes,  
los mecen con pasión y con trastorno.  
Como los elefantes, la mujer  
cubre su piel de arena y de termitas,  
arroja a sus costillas, su espaldar  
la tierra de sus muertos, se recubre  
de su aspereza seca, ventolera  
o ráfaga de tiempo calcinado  
y canta lentamente una canción  
que en su baja frecuencia, solo escuchan  
congéneres lejanos, primordiales.  
Cuando pinta sus dientes de marfil,  
dentina opaca y blanca, romboidal  
que prestigia su boca y su alegría,  
la mujer talla en ellos la aflicción  
preciosa, endurecida como laja  
que atraviesa la luz y la somete.

*A Esteban Peicovich, por "El otro amor"*

**La mujer es un bello, implacable animal** (*Atavío y puñal*, 2012)

La mujer es un bello, implacable animal  
que se pinta con nieve el corazón.  
Una osezna que hiberna largamente  
pero pare a sus crías en el frío,  
un animal feroz, sobrepasado  
por su propia pasión, temperatura  
que derrite la escarcha y los desaires.  
Mientras el oso duerme, merodea,  
mastica con desgana los recuerdos  
y rebaja su tasa metabólica,  
ella desgasta el tiempo del glaciar  
como hielo que vive su tormenta,  
su estallido feliz, cristalográfico  
que le devuelve el modo más flexible  
y líquido, también nombrado amor  
o arroyo que le corre por las patas  
y hace bajar al hijo, a los oseznos  
hasta el suelo en que habrán de levantarse.  
Entonces toma nieve y se calienta  
el corazón blanquísimo y ardiendo  
en su aterida cueva silenciosa.  
A nada temerá, con sus dos manos  
arranca sus criaturas, sus pesares,  
baja vida caliente de sus ingles,  
de sus huesos inmensos y esponjosos  
que se abren con dolor mientras hiberna.  
Las lágrimas de esfuerzo y de alegría  
pintan de sal su pelo entumecido  
y al caer sobre el hielo lo disuelven.  
Con el perfecto blanco sobre blanco,  
la floración arisca del invierno  
reverdece al igual que la mujer.

**La mujer es un pájaro que arrasa (*Atavío y puñal*, 2012)**

La mujer es un pájaro que arrasa  
las tardes encendidas por el sol  
mientras pinta en su cuerpo la memoria  
como una flor de piedra para el aire.  
En cada poro exacto, imperceptible  
quedan fijados libros y retratos,  
el altísimo arco de su entrada  
sostiene contra el tiempo y su malogro  
las piernas de la atlante que sujeta  
las horas y los días, los trabajos  
como almirez que canta su trajín.  
No hay mayor fijación, mayor anclaje  
en la lenta caída hacia la muerte  
de los muros, los auges, los vencejos  
y a la vez, con su piercing en la lengua,  
con su lengua dorada de metal,  
la mujer mueve el mundo y lo trastorna,  
lo arrastra y conmociona contra sí,  
arrasa como un pájaro las tardes  
e inventa superficies cariñosas  
con plumas y atavíos muy diversos,  
con brújula y castigo del lugar  
en que duermen los hombres y las diosas  
cuya falda es de jade y de distancia.



**El bisturí inocula su dolor (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)**

El bisturí inocula su dolor  
En el corte limpiísimo florece  
el polen que envenenan las avispas,  
su aguijón turbulento y ofensivo.  
La mesa del quirófano está lejos  
de la luz y la tierra del jardín,  
su amor desesperado por la vida  
y el material mohoso del origen,  
lejos de la pasión de los hierbajos  
y la piedra porosa en la que sangra  
la desgastada edad de las vocales  
que escribieron verdad y compañía.

En la asepsia que exige el hospital,  
el bisturí recorta el corazón  
de la página blanca del poema,  
la sábana que tapa el cuerpo enfermo.  
No queda ni memoria ni alarido,  
tan solo un hueco rojo en el lenguaje.  
En la mano que empuña la salud  
hay sin embargo un corte diminuto,  
una línea de sangre y su alfabeto.

*con Álvaro Mutis  
también con Gambarotta*

**Contra el caliente hocico de los perros** (*Fiebre y compasión de los metales,*  
2016)

Contra el caliente hocico de los perros  
se alían los rastrojos y los cables  
de la grúa que sueña con ser pájaro  
y reclamó la altura y el color.

En el suburbio enferma la estrechez,  
ladrido que se lanza tras el viento  
y el nerviosismo de las lagartijas.  
Escapan las manadas de gacelas  
en la imaginación del abandono  
y las radiales rompen las baldosas  
como si fueran cuerdas de violín,  
venas uncidas hasta el corazón  
o el tallo de las flores que se imponen  
con su fuerza minúscula y tenaz  
al áspero enlosado de cemento.

En el paisaje gris del desamparo  
los niños y cacharros de los parques,  
piedritas y columpios de metal  
exigen, con su amor, no ser heridos.

**Amanecen el día y los zapatos (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)**

Amanecen el día y los zapatos  
El sol es una herida transparente,  
incisión que suturan las abejas  
con su amor al hexágono y al polen.

En las perchas sin cuerpo, entre las mondas  
de la noche olvidadas en la calle  
liba la luz su resplandor más alto,  
la claridad que baja, compasiva,  
a borrar los ladridos, las lesiones,  
el miedo que amorata el despertar.

Belleza intransitiva y luminosa  
frente al negro motor con que la noche  
combustiona el anhídrido carbónico.  
Respiración y néctar en la llaga,  
el tajo, el enfisema que es vivir  
y que aguarda, violento, en su dulzura.

*con Claudio Rodríguez*

*con Nuno Júdice*

*permanentemente*

**El desierto es un cuerpo, el agua un cuerpo** (*Fiebre y compasión de los metales,*  
2016)

El desierto es un cuerpo, el agua un  
que recuerda su condición anfibia,  
el cielo un ancho cuerpo que zozobra  
cuando arden los abetos y los robles  
y doblan, derrotada, su cerviz  
en el castigo airado del rebenque  
-culebra y cicatriz de los relámpagos-.

El agua envenenada de mercurio  
baja también como si fuera un cuerpo,  
una arteria agostada en su toxina  
que sueña desnudarse en los oasis  
pero al llegar al mar mancha las percas,  
el ancla y maderamen de los barcos,  
los dientes afilados de las redes.  
Como un latido enfermo y pegajoso  
contamina la arena, el tiempo, el aire,  
las dunas que espejean al moverse  
y tiemblan en la fiebre de la sed.

Pero igual que los ciervos cada año  
mudan su cornamenta y la amplifican,  
así también todos los cuerpos piden  
el brío que se impone en el vivir,  
estallido de amor, testosterona.  
En cada nuevo anillo, el roble escribe  
la altísima palabra del deseo  
que asciende para dar al vuelo alcance.

*con Agustín Fernández Mallo*

**Lanzar contra la luz todos los peces** (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

Lanzar contra la luz todos los peces  
y evitar que las redes los atrapen,  
que los muerda el anzuelo con su boca  
curvada en la violencia de morir.  
Desanudar la asfixia, trabazón,  
bocanada de anhídrido y espinas  
en que se hunden la angustia y los tacones  
cuando el jueves se cierra, abochornado,  
sobre su propia lista de imposibles.

Lanzarlos como quien avienta lana,  
como quien suelta el trigo tras la trilla  
o la harina blanquísima en el pan,  
para que permanezcan en su vuelo  
igual que permanece en la memoria  
del agua cada fibra de la luz.  
Para que se detenga su caída  
contra el asfalto sucio, contra el miedo  
metálico que exudan los arpones.  
Para que permanezca en cada letra  
el copo diminuto de almidón  
como quietud de aquello que se mueve,  
pez que se escurre raudo entre las manos  
y nada en la canción de las agallas.

*con Eugenio Montejo*

**El martillo acaricia la pared (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)**

El martillo acaricia la pared  
y abre un hueco valiente contra el muro  
del que surge, en silencio, una ventana.

En la furia del golpe se arraciman  
el amor a la luz y los estambres,  
la redonda canción de los balones  
y ese clamor rojizo en las cerezas  
que piden ser llevadas a la boca.

En la furia del golpe está también  
la unidad devastada en los escombros  
como lienzo y tabique que el punzón  
rasgó para escribir el viento norte.

Donde hubo un descampado, una farola  
casi ciega en la noche más humilde,  
donde ladraron perros presurosos  
y hay sangre seca en el muñón de un hueso,  
se abren paso la luz y los caballos.  
Para que se acompase su galope  
la claridad camina a su estallido,  
la herida en ese muro, la ventana.

*con Roberto Bolaño*

**Correas que sujetan las palabras (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)**

Correas que sujetan las palabras  
a la rueda inflexible de la boca,  
grilletes de decir y no decir.

El óxido violenta las encías,  
las bóvedas oscuras de la sed.  
En el temor se enferman las vocales.  
Hay luz muy sucia en el mandil del tiempo,  
moscas sobre los zocos de la ira,  
grumos de desamparo en cada litro  
de leche almacenada en los arcones  
con que asciende el umbral de la pobreza.

Formas de expiación, desgarraduras,  
ganchos de carnicero que desangran  
pulmones sonrosados de animal  
-uno es Oriente, el otro es Occidente-.  
Cada animal conoce su dolor,  
es inocente siempre en su dolor.  
Y con su gota espesa y pegajosa  
la tierra fertiliza los manzanos,  
la fruta que también es inocente.

Sin embargo, al morder y al escribir  
letras de aire en su cuerpo malherido,  
la boca deja un rastro de semillas.  
Omnívora y febril, también elige  
pedirle compasión a los metales,  
pedir a los grilletes que liberen  
su presa con un tajo del puñal  
que brilla como un sol inesperado.  
Que las correas suelten las palabras.  
Que sean compasivos los metales.

## En la imaginación del cereal (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

En la imaginación del cereal  
la hoz no se reduce a una herramienta.

Media luna que canta en el centeno  
su amor diseminado en cada corte,  
la violencia más dulce del verano.

Metal de la alianza, la apetencia  
en que la espiga entrega su esplendor,  
circulación y flujo de lo vivo  
que se resiste a ser identidad  
y busca diluirse entre la harina.

Melaza en que se aprietan hierro y cobre,  
aleación y prodigio de no ser  
lo que se era al principio. Convincente  
cesión hacia lo dúctil que transforma  
el rígido enunciado del objeto  
en savia derramada como aire,  
como metal en punto de fusión  
que corre enrojeciendo las dos manos.

En la ardiente planicie de la siega  
se estrechan la cuchilla y las gramíneas  
mientras los cuerpos buscan a los cuerpos  
y las letras se funden lentamente  
con la vocal redonda de la hoz.  
Disolución de lo que fue en el todo  
que es morir y nacer para la boca.

*con Claudio Rodríguez*



**Descascarilla el día su ronquera (*Fiebre y compasión de los metales*, 2016)**

Descascarilla el día su ronquera.  
Quien masticara estopa desgarrada,  
papel de estraza en que se envuelve el día  
como se envuelve en lana el animal,  
conoce las palabras en penumbra,  
los huesos desgajados del sonido.

Linimento y residuo, triza, esparto  
que atrapa y espolea cada cuerpo  
para que diga en alto su canción,  
su vocal vulnerable y encharcada  
en el amor violento de la boca.

No hay alfabeto que no tiemble si:  
se mitigan los pájaros, los árboles,  
los hombres que atraviesa el despertar  
-ese tajo en la vida hacia la vida-,  
pero después se alzan prodigiosos  
y elevan el bullicio de la luz.  
En ella se cimbreo y nada el sol  
como amuleto rojo en la garganta.

*con Tomás Sánchez Santiago*